

DESCRIPCIONES Y VIAJES		RESEÑAS
<p>Crónicas de andar por casa fuera de ella</p> <p>Colección Inmigrantes El Peregrino Ediciones</p> <p>Inmigrantes I (2011) <i>New York City. Sueños de 99 centavos</i> ALAIN DE BEAUFORT 74 pp.</p> <p><i>Bogotá. Creencias de un reconquistador</i> JAIME ARRACÓ MONTOLIU 74 pp.</p> <p><i>Madrid. El oso y el madroño</i> ADRIANA V. LÓPEZ 94 pp.</p> <p><i>El Paso. A un paso de Juárez</i> JOSEPH AVSKI 71 pp.</p> <p><i>Montreal. Los días breves</i> CATALINA HOLGUÍN JARAMILLO 109 pp.</p> <p>Inmigrantes II (2012) <i>Barranquilla. Calenturas de un pobre diablo</i> SERGIO ZAPATA LEÓN 103 pp.</p> <p><i>Leipzig. El confort de la cotidianidad</i> HERNÁN A. BURBANO 109 pp.</p> <p><i>Barcelona. Cloaca de Babel</i> BENJAMÍN MOURE DUPUIS 87 pp.</p> <p><i>Boston. Esto no es un cliché</i> ASTRID HARDERS 89 pp.</p> <p><i>Londres. Postales de viaje</i> IVÁN HERRERA 109 pp.</p> <p>Inmigrantes III (2013) <i>Lisboa. Ciudad alegre y triste</i> FELIPE CAMMAERT 124 pp.</p> <p><i>La Habana. El silencio del espacio no es casual</i></p>	<p>NICOLÁS ORDÓÑEZ CARRILLO 132 pp.</p> <p><i>Breslavia. Nada sucede dos veces</i> THOMAS SPARROW B. 136 pp.</p> <p><i>Moscú. La mirada que lava las huellas</i> FRANCISCO MONTAÑA IBÁÑEZ 158 pp.</p> <p><i>Buenos Aires. Voy al sur</i> TATIANA ANDRADE 146 pp.</p> <p>Inmigrantes IV (2014) <i>París. Esa famosa torre</i> RICARDO ENRIQUE ABDAHLLAH 165 pp.</p> <p><i>Siberia en tus ojos</i> ÍKARO VALDERRAMA 159 pp.</p> <p><i>Caracaos</i> MARC CAELLAS 117 pp.</p> <p><i>Cartagena. Getsemaní</i> RAINBOW B. NELSON 111 pp.</p> <p><i>México. Una victoria entre jacarandas</i> SANTIAGO TORRADO 104 pp.</p> <p>Inmigrantes V (2015) <i>Melbourne. Cuatro ensayos de hogar</i> CHRISTOPHER TIBBLE 107 pp.</p> <p><i>Lincoln. Campos de pop corn</i> María Antonia García de la Torre 152 pp.</p> <p><i>Puebla. Voy y vengo</i> PAOLA CABALLERO DAZA 96 pp.</p> <p><i>San Francisco. Desde la vergüenza</i> MAURICIO MONTES 116 pp.</p> <p><i>Londres. Genealogía</i> ANDREA CADELO 151 pp.</p>	<p>Inmigrantes VI (2016) <i>Berlín. Pobre pero sexy</i> MARTÍN SARMIENTO VEGA 103 pp.</p> <p><i>El Cairo. La madre del mundo</i> RICARDO VARGAS 143 pp.</p> <p><i>Teherán. Detrás de los muros</i> CATALINA GÓMEZ ÁNGEL 160 pp.</p> <p><i>Nueva Delhi. En busca de Ganesha</i> DIEGO RUBIO 172 pp.</p> <p><i>Auckland. El pueblo blanco de Oceanía</i> CAROLINA GUTIÉRREZ TORRES 108 pp.</p> <hr/> <p>“A LA manera de los diarios de viajes, estos relatos tienen la fuerza, el humor y la emoción de la mejor literatura de No-Ficción”, se lee en la solapa de la primera de seis cajas, contramarcadas con los sellos de inmigración y el año de publicación: desde 2011 hasta 2016. Treinta libros de bolsillo poco más grandes que un pasaporte recogen las peripecias de quienes habitaron las ciudades por cortos o largos períodos. Que la colección haya tenido seis entregas demuestra que encontró un público deseoso de refrendar su propia experiencia en esos países y de viajar sin necesidad de visas ni de equipaje; pero también que los editores le dieron vida artificial al proyecto, el cual habría funcionado perfectamente con veinte libros y hasta con menos.</p> <p>La secuencia de títulos que hacen parte de la colección Inmigrantes traza la primera ruta de lectura, y no parece haber otros criterios de edición, excepto los cinco títulos que caben en cada caja. Otras coincidencias son que la mayoría de autores contaba en promedio 35 años cuando participaron en el proyecto; que varios no tenían el oficio de la escritura mientras otros estaban escribiendo su gran novela y este opúsculo no pasó de ser un divertimento; que intentaron con o sin fortuna alejarse de los estereotipos de cada ciudad; que padecieron el estigma de ser colombianos y que narraron</p>

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>a posteriori lo que fue su experiencia en otros pagos. De los treinta autores, nueve son mujeres, por lo que la editorial cumple discretamente con la cuota de género.</p> <p>Hay una marca generacional en esta colección cuyos autores, hijos de la globalización, comparten el gusto por viajar, aprender idiomas, descubrir otras culturas y ampliar sus horizontes intelectuales. Dependiendo de la edad en que fueron inmigrantes, también se advierte el tránsito más o menos traumático de la adolescencia a la madurez, sobre todo entre los más jóvenes.</p> <p>Gran parte de los autores regresaron al país después de pocos o muchos años para curarse de añoranzas. Para algunos el regreso fue un imperativo, no una opción, como le ocurrió a Tatiana Andrade, la única que viajó persiguiendo el amor. Con la frase: “Quise ser parte de ti y no me dejaste, mi Buenos Aires querido. Otra vez será”, termina su crónica tras un frustrado intento de sacar el permiso de residencia porque los empleados de la Dirección Nacional de Migraciones salieron a huelga. Aunque nos regala anécdotas hilarantes de la vida bonaerense, como una boda judía, las parrilladas de barrio, los rituales del mate, la preparación de las milanesas y los rifirrafes por el fútbol, no se priva de vagabundeos introspectivos que ralentizan el ritmo narrativo, quizá contagiada por la terapia psicoanalítica.</p> <p>Otros no viajaron muy lejos, sino que volvieron a su ciudad natal, como Sergio Zapata León, que después de 18 años regresó a Barranquilla como inmigrante tras haber vivido en otros países, y lo que siguió fue una oda a la Arenosa, que lo reconquistó con su carnaval y en especial con La Troja, el sitio de salsa por excelencia, donde el autor escuchó esta frase de antología sobre Curramba: “Barranquilla es como una casa de empeño, si no te sacan antes de tres meses ahí te quedas”.</p> <p>El inglés Rainbow Nelson, quien escribió una guía de Cartagena y es un conocido promotor turístico, optó por escribir la historia de Getsemaní, el barrio donde se instaló con su esposa barranquillera, atraído por la alegría del vecindario, que con sus “picós” y su bullaranga pronto se convirtió en su peor pesadilla. Un relato fresco, que no maquilla las anomalías y excesos</p>	<p>de la Ciudad Amurallada, contado por un inmigrante que tras diez años de vivir en la ciudad, no come cuento. Muy útil el epílogo con “55 cosas que hacen de Getsemaní el barrio más <i>cool</i> del mundo”. Un lugar de resistencia en una ciudad conservadora, como lo define Nelson.</p> <p>Relatos de interiores y de exteriores En la colección de El Peregrino se aprecian variaciones en torno a la crónica de viajes, que en la mayoría de los libros se funde con el relato autobiográfico o el diario, porque interesa tanto el paisaje exterior como el interior y es tan detallado el registro del mundo descubierto como el de los cambios que se producen en la vida del autor, básicamente en materia amorosa, con encuentros y desencuentros afectivos que poco aportan al relato. Por algo Jorge Carrión, estudioso de la literatura de viajes, denomina meta-viajeros a estos cronistas contemporáneos porque descubren los lugares más para sí mismos que para el mundo.</p> <p>Pero en varios títulos quizá son excesivas las divagaciones de corte existencialista sobre esos amores que se escabullen, las miradas al ombligo, el excesivo protagonismo, y conducen antes al hartazgo que a las revelaciones de la condición humana en un hábitat ajeno.</p> <p>Adriana V. López, nacida en Nueva York, de padres colombianos, llegó a Madrid para documentar una novela histórica, pero en los ires y venires a la Biblioteca Nacional descubrió el amor. Así terminamos más enterados de los contrastes entre españoles y gringos, de ciertos bares de la movida madrileña, y de El Corte Inglés de Puerta del Sol como punto de encuentro, que de lo recóndito de la capital española. Aunque engancha la primera parte del relato sobre su ciudad natal que describe así, hiperbólicamente:</p> <p>Todos los nativos de Nueva York piensan en dejar Ciudad Gótica y, por supuesto, lo hacen. Irse puede reducir el porcentaje de ser empujado a un metro en movimiento, de padecer la enfermedad aérea de la semana, de ser golpeado por los escombros que caen de los rascacielos, o de aceptar esa cita con un asesino en serie concertada por LoveMatch.com. (p. 7)</p>	<p>En cambio, autores como Nicolás Ordóñez y Felipe Cammaert son más proclives a la observación del mundo exterior que a arrojarse a los abismos interiores, al ofrecer el contexto político y social de Cuba y Portugal, respectivamente. Los dos autores cuentan sus ciudades desde afuera, como cronistas en mirador. El primero retrata La Habana con escritos sueltos y fotografías, aprovechando su doble condición de fotógrafo y cineasta. Cuenta a palo seco que como en Cuba está prohibido matar vacas, “la gente en el campo les roba carne y las deja vivas”, o que “la gente no tiene plata pero tiene perros” (p. 58). Como fotógrafo, tiene un especial sentido de la observación de personajes callejeros y por eso llega a la conclusión de que es imposible zafarse de los tópicos en Cuba porque todos ellos parecen disfrazados de sus oficios (los policías de tránsito, los carniceros, los meseros, las prostitutas...) (p. 26).</p> <p>El otro fotógrafo de la colección es Iván Herrera, que presenta un diario de viaje con imágenes que fueron tomadas en Londres entre 2004 y 2005. Como bien lo aclara en un breve texto de presentación, las fotografías revelan la melancolía y la desolación que sintió como estudiante de inglés con pocas libras en el bolsillo. De ahí que sus postales de viaje se alejen de las típicas londinenses. Valga agregar que otros autores acompañaron sus relatos con fotografías del álbum personal, deseable en crónicas de esta naturaleza.</p> <p>En ese ejercicio de recontar las ciudades así mismo es de celebrar el recurso de renombrarlas, o de jugar con los nombres de sus barrios. Por ejemplo, al barrio Palermo de Buenos Aires le dicen “Villa Freud” por la concentración de psicoanalistas; al barrio Getsemaní de Cartagena, “Jet-Set-Maní” por la proliferación de figuras del espectáculo; Marc Caellas titula su libro <i>Caracaos</i>, así como en otra de sus publicaciones, <i>Carcelona</i>, renombró su ciudad natal, y en <i>Drogotá</i> hizo lo propio con la capital colombiana; Alain de Beaufort compara el barrio chino neoyorquino con San Victorino, popular mercado bogotano que a Diego Rubio se le parece a Munirka, un mercado de las pulgas en Nueva Delhi. Prueba de que los paisajes urbanos desastrosos son</p>

DESCRIPCIONES Y VIAJES		RESEÑAS
<p>parecidos en todas las latitudes. Y el referente mayor de la globalización es, a no dudarlo, McDonald's, con sutiles diferencias, como que en Nueva Delhi las Big Mac son de pollo porque la carne de res la portan las vacas que se pasean por las calles.</p> <p>También con humor, y del negro, Mauricio Montes, que cambió su profesión de odontólogo en Bogotá por la de mesero en San Francisco para sostenerse como estudiante de cine, deja un registro detallado de los barrios más latinos de esa ciudad, del Chinatown, de Castro, y de la librería City Lights, templo beatnik. Un retrato de esa comunidad experta en la creación de movimientos sociales y contraculturales.</p> <p>Los afectos literarios en el equipaje El cronista viajero se caracteriza por una especial habilidad para ordenar el caos o desordenar el orden que encuentra en su ciudad de acogida. Y en ese ejercicio echa mano del bagaje de lecturas, películas, canciones, recuerdos, ideologías... Equipaje que no se declara, que va incrustado en la piel como un microchip. Incluso, según el escenario, el viajero desempolva los autores entrañables de cada ciudad. Numerosos autores le rinden tributo a algún escritor desde el título de su libro. O desde el epígrafe. Veamos: <i>Voy al sur</i> es el título de Tatiana Andrade, que evoca a un par de cantautores argentinos, y en el epígrafe rinde homenaje a George Orwell: "Escribir un libro es una lucha horrible y agotadora, como una larga y penosa enfermedad. Nunca debería uno emprender esa tarea si no lo impulsara algún demonio al que no se puede resistir y comprender" (quizá algo excesivo tratándose de un opúsculo de 147 páginas). Cammaert titula su crónica sobre Lisboa parafraseando un verso del omnipresente Pessoa, "(...) ciudad triste y alegre". A la vez, este es parte del título de un libro de fotografías sobre la capital portuguesa publicado en 1959 por Costa Martins y Victor Palla, en plena dictadura de Salazar. Como investigador literario, Cammaert recrea la Lisboa de escritores como el inefable Fernando Pessoa, Antonio Tabucchi y António Lobo Antunes (curioso que no mencione a Saramago).</p>	<p>Ricardo Vargas recuerda que una de las principales plazas de El Cairo, la Talaat Harb, se puso de moda gracias a la novela titulada <i>El Edificio Yacobián</i>, de Alaa Al Aswani, un escritor que se ha atrevido a tocar temas tabú en su país. Para los intertítulos de su crónica, Nicolás Ordóñez retoma los títulos de la clásica revista <i>Sputnik</i> de marzo de 1985 y con ello quiere decir que la cultura soviética llegó a Cuba vía <i>Sputnik</i> ("revista que por sus incontables virtudes se convirtió en mi mapa de navegación de baño en La Habana" [p. 20]).</p> <p>Thomas Sparrow titula su libro recurriendo a un verso de la poeta polaca Wisława Szymborska: "Nada sucede dos veces ni va a suceder". Y el epígrafe lo dedica a su escritor y periodista favorito, casualmente polaco, Ryszard Kapuscinski. En este libro también le rinde homenaje a su papá, un inglés de espíritu aventurero, que llegó por amor a Colombia 35 años atrás para echar raíces. Thomas quiso repetir ese viaje transatlántico en sentido contrario y, a diferencia de su padre, dejar testimonio. Para hablar de su periplo académico en Londres, Andrea Cadelo le rinde tributo a Foucault con el título de su libro, <i>Genealogía</i>.</p> <p>Más allá del deslumbramiento por lo exótico A más distantes los destinos, culturalmente más retadores por el acomodo al lenguaje, las gentes, el clima y las costumbres. Entre estos, interesantes por su exotismo, está El Cairo, en el libro de Ricardo Vargas —en 2014 publicó su primera novela, <i>La batalla de Bagdad</i>—, que nos ofrece una crónica sobre la populosa capital egipcia pulsada por las tensiones sociales que precedieron a la Primavera Árabe. Gracias a su larga estadía, el autor se adentra en los rituales peculiares de este pueblo milenario, tratando de entenderlo desde la lengua, la historia y la religión islámica. Su prosa fina, de trazos poéticos y ensayísticos, sobresale en el conjunto de la colección.</p> <p>Catalina Gómez Ángel, periodista que ha cubierto numerosos conflictos en el Oriente Medio, cumplió su sueño de vivir en Irán y en su crónica, <i>Detrás de los muros</i>, sobre Teherán, deja su impronta de aventurera desde que se baja del avión para buscar un sitio don-</p>	<p>de vivir, pese a estar inhabilitada en la sociedad persa por ser mujer, extranjería y soltera. Logró adaptarse hasta el punto de echar raíces allí y aprender a usar el velo con coquetería, como se ve en la foto de presentación. Tras nueve años, no se le escapa ningún aspecto de este complejo país "que supera por varios puntos ese grado normal de contradicción" (p. 19), donde conoció a su esposo y encontró un refugio en las montañas para huir de la contaminada ciudad. Allí reposa esta guerrera después de cada cubrimiento por países convulsionados de la región. Y mientras narra usos, costumbres, paisajes y regímenes políticos, da cuenta de la persecución de que son objeto los periodistas en un país que normalizó la censura de prensa, pero sobre todo desvela las formas del machismo que han arruinado las vidas de mujeres cercanas.</p> <p>Diego Rubio llegó a Nueva Delhi para asistir a un curso de periodismo y desarrollo durante algunos meses y allí fue víctima tanto de los ataques intestinales como de la "malicia india", que supera la indígena de nuestros coetáneos. Reconoce cómo le metieron "una infinidad de goles estúpidos" (p. 8). Con humor sostenido mantiene una mirada crítica desde que pone el pie en el Aeropuerto Indira Gandhi de esta caótica ciudad, que le enseña a transgredir todos los límites permitidos en un mundo civilizado. Y como la India se ha vuelto destino de moda, aclara de entrada: "No soy un cuarentón recién separado que viajó a India para encontrar paz interior mientras meditaba en un ashram. Tampoco, un pelao recién convertido al veganismo y con ganas de certificarse como profesor de yoga vinyasa frente al río Ganges" (p. 9). Echando mano de la hipérbole, Rubio dice que "a primerísima vista, la India misteriosa tenía el aspecto de un taller de mecánica" (p. 30). Lástima la "insipiente" (sic) barba blanca del taxista que lo traslada al hostel con ratas. Asimiladas las formas de lucha, Rubio procede a descubrir los lugares imperdibles de Nueva Delhi porque, como advierte, "si uno se sacude la nube de moscas e ignora la mierda —y el mierdero— descubre en la India la ciudad más encantadora del mundo" (p. 96).</p> <p><i>El pueblo blanco de Oceanía</i> es el título de la crónica de Carolina Gu-</p>

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>tiérrez Torres sobre Auckland (“la capital no oficial de Nueva Zelanda”), adonde llegó en plan de desconexión para aprender inglés y trabajar de mesera después de haber sido periodista de <i>El Espectador</i>. Además de sus puntillistas descripciones que a veces se tornan cursis, como ella misma admite, ante los sobrecogedores paisajes, intercala la crónica con el género epistolar, dándole un tono más sincero al relato. El año que permaneció allí tuvo su iniciación en el clima polar, avivado por un amor de paso; descubrió la valentía de los maoríes, casi extinguidos por la colonización inglesa, y la vida monótona de un pueblo rico, racista, clasista y absurdamente costoso.</p> <p>De todos, el lugar más recóndito fue el que exploró Íkaro Valderrama: Siberia, que “al menos en el imaginario popular sigue siendo sinónimo de exilio, lugar de muerte e infierno blanco” (p. 10), en palabras del músico y escritor, quien narra su experiencia de orden más espiritual que mundanal. Quizá demasiado místico-cósmico para lectores profanos, que van recibiendo con desconcierto dosis de filosofía y poesía entre capítulos. Para ilustrar, basta esta frase del epílogo: “Escribiendo estos capítulos fractales entendí muchas cosas sobre mí mismo y las experiencias que he tenido” (p. 160); también agradece a la editorial por publicar “este texto nómada” y al fotógrafo francés Nicolas Pernot por ceder las fotos. Ese viaje interior también le sirvió al músico para encontrar nuevos sonidos e incluir el tradicional “canto de garganta” en su repertorio.</p> <p>Otros imprescindibles</p> <p>Los periodistas de oficio son los más dados a la reportería, a patearse las calles y a observar con método, a sabidas de que la crónica también permite la subjetividad, no exenta de humor, y enmarca los acontecimientos históricos y las coyunturas de cierta trascendencia. En cada caja encontramos a algún periodista, como Ricardo Abdahllah, Santiago Torrado, Catalina Holguín, Rainbow Nelson, Astrid Harders, Thomas Sparrow. Este último, etnógrafo metódico, desde que llegó como estudiante becado a Wrocław —Breslavia— empezó a escribir la bitácora sobre esa extraña ciudad polaca que lo fue seduciendo con su cuarteada</p>	<p>belleza proveniente del antiguo comunismo. Así como anota las frases en polaco que tendrá que decir en la panadería del barrio, registra juiciosamente sus padecimientos con el endiablado idioma, sus viajes en tren, el plato típico que hizo parte de su menú diario, los cafés que para él son una metáfora del paraíso y la cotidianidad en esa ciudad universitaria y multicultural. Todo queda documentado en su libreta de periodista avezado en la observación de “los otros”.</p> <p>Francisco Montaña, en cambio, acude a su memoria para reconstruir los años que pasó en Moscú, adonde también llegó becado a estudiar cine. En esos años, su método era más bien “salvaje” porque los rigores del clima y la adustez del ambiente se sobrellevaban con vodka y fiestas interminables. Ya en la edad adulta, el escritor revive esa juventud despreocupada e irresponsable que le permitió ser traductor de ruso y escritor, mas no realizador de cine. Al igual que muchos estudiantes de la Unión Soviética, siempre que podía huía a Helsinki, capital de la frontera Finlandia, donde se reponía de las penurias comunistas. La Moscú que retrata, además de ser la ciudad “donde uno puede hartarse de comer manzanas callejeras” (p. 81), respira moral socialista, doble como todas las morales. Él mismo hacía parte de una élite que gozaba de ciertos privilegios, como poder acceder a películas censuradas del mundo occidental en circuitos underground, así como a libros prohibidos que conseguía en el mercado negro.</p> <p>Otro corresponsal que narra con la comodidad aportada por años de experiencia en París es Ricardo Abdahllah, quien a manera de diario va periodizando las épocas según sus amigos, distritos e intereses, y por la precisión de sus observaciones se nota que ha sido un juicioso apuntador. De tanto deambular por la ciudad sabe que tiene 37 puentes, como el del Alma, donde se mató lady Di; de tanto montar en metro sabe qué lee la gente y, por supuesto, huele dónde está la diversión para bolsillos holgados y menguados porque París era la fiesta de Hemingway “y también el guayabo”. Habla de la colonia de colombianos con sus sitios de encuentro, sus oficios y redes de solidaridad. De</p>	<p>todos, quizá es el libro más útil para el viajero que quiera perderse en esta espiral, como define Abdahllah a la ciudad dividida en veinte <i>arrondissements</i> —Edith Piaf decía que “se enrolla como un caracol”—. Y ofrece particulares recorridos por la ciudad más turísticamente trajinada. <i>Voilà!</i></p> <p>Joseph Avski, paisa criado en Montería, hizo primero el tránsito de la física a la literatura y después a El Paso, Texas, donde cursó una maestría en creación literaria. Desde allí hacía el recorrido diario a Ciudad Juárez, México. Por ello es tan afortunado el título del libro <i>A un paso de Juárez</i>, como los contrastes que ofrece de las ciudades fronterizas, cuyos habitantes se sienten parte de una misma ciudad. Arriesgando más, compara Ciudad Juárez con Medellín por la violencia que las circunda. A propósito de esto afirma:</p> <p>Las ciudades ocultan su rostro macabro y por lo general toma más trabajo ver este que la sonrisa fácil para el turista, incluso para el local. Dan la impresión de que todo está bien, de que no pasa nada, de que, en el peor de los casos, la violencia solo afecta a unos pocos (...). (p. 65)</p> <p>A México también llegó Santiago Torrado, quizá el único autor de la colección que viajó con un contrato laboral para trabajar en una agencia internacional de noticias de Ciudad de México. Narra entonces su experiencia laboral, en un cargo de editor con turnos inhumanos, como víctima del kafkiano sistema burocrático. También fue víctima de un conductor salvaje que lo tumbó de su bicicleta, escena con la que arranca el libro y que concluye con un contundente: “El DF me atropelló”. Preludio del caos que seguirá, aunque el título celebra las jacarandas, árboles que en primavera florecen de color violeta para engalanar la ciudad. Como buen periodista, nos regala percepciones agudas de los “chilangos” y sobre todo nos adentra en la fascinante colonia Roma, que al recorrerla con su esposa Caro lo compensaba de todos los sinsabores. Sin mencionar los temblores...</p> <p>La vida en los campus</p> <p>Muchos otros narraron su experiencia académica en ciudades universitarias,</p>

DESCRIPCIONES Y VIAJES		RESEÑAS
<p>que por cierto no ofrecen mayores sobresaltos. Cammaert vivió en Lisboa como profesor e investigador posdoctoral, lo que le permitió recabar suficiente documentación. Hernán A. Burbano, genetista y escritor, es una de las gratas sorpresas de la colección porque logra acercar el mundo científico de las moléculas del ADN y el de la vida cotidiana en Leipzig, donde cursó su doctorado en el afamado Instituto Max Planck. Como observador profesional entrenado en los microscopios, mira en detalle los hechos y personas que lo rodean haciendo una rica descripción de la fisonomía de la ciudad que sobrevivió a dos guerras mundiales y a la más reciente reunificación. Mediante analogías con su propia cultura y metáforas como la de una “ciudad a parches, una ciudad llena de remiendos”, se hace preguntas una y otra vez sin eludir su historia personal y las “historias escondidas en la doble hélice”.</p> <p>Otra académica es Andrea Cadelo, quien narra su experiencia en la Universidad de Warwick (Reino Unido) en donde cursó un doctorado en historia. Su relato de la vida cotidiana como inmigrante queda en parte desplazado por el ensayo erudito, y por las tesis que defiende en sus clases y en su investigación en torno a la raza y al colonialismo, aunque también recrea mediante diálogos y con un toque de ironía inglesa esos choques culturales que pasan inadvertidos para el viajero corriente.</p> <p>En cambio, banalidad es la que despliega Astrid Harders al describir el ambiente universitario de Boston con sus privilegiados campus y sus dos novios estadounidenses. Su lenguaje descuidado —con usos tan “gomelos” como “chimbísimo” o expresiones del <i>slang</i>— y su insistente exhibición de irreverencia solo dejan a salvo algunas afortunadas descripciones del ambiente, así como su memoria de los atentados del 11 de septiembre de 2001, que le produjeron miedo, “pero no por los ataques terroristas, sino miedo al nacionalismo, a la ignorancia, al racismo, a cómo reaccionamos los seres humanos ante una emergencia” (pp. 30-31).</p> <p>Entre las voces sobresalientes de la colección está también la de María Antonia García de la Torre, quien obtuvo una beca para estudiar literatura española en la Universidad de</p>	<p>Nebraska, rodeada de “campos de pop corn”, como dice el título de su libro. A Lincoln llegó tras vivir dos años en Madrid donde hizo una maestría en periodismo, y se reformateó la mente para adaptarse a una típica ciudad del Medio Oeste de Estados Unidos. En parte lo logró gracias a su sentido del humor: “Vivir en Nebraska sería como vivir en los Llanos Orientales de Colombia. Igual de aislado, con más cabezas de ganado que habitantes por metro cuadrado y, lo peor, sin un consulado de Colombia” (pp. 23-24). Con el tiempo le cogió gusto a ese pueblo en medio de la nada, con inviernos gélidos, que le dio la tranquilidad necesaria para estudiar.</p> <p>Y entre las experiencias invernales traumáticas para los nativos del trópico es memorable la de Catalina Holguín en Montreal, adonde llegó con escasos 19 años en compañía de su hermano. Con escritura fresca, narra sus penalidades a menos 20 grados en un piso sin calefacción, hasta que le toma confianza a la ciudad y se sumerge en el mundo de las peleas de boxeo, tan ajeno al de una estudiante de literatura de la Universidad de McGill.</p> <p>Los del todo prescindibles...</p> <p>Si bien la tercera y la última caja tienen la mayor cantidad de títulos imperdibles —Moscú, Breslavia, La Habana, Lisboa, Teherán, Nueva Delhi, Auckland y El Cairo—, muchos otros libros se caen de las manos por la liviandad e irrelevancia de las historias de <i>roommates</i> o <i>flatmates</i>, rumbas interminables, locuras adolescentes, travesuras de <i>enfants terribles</i>, supervivencia en oficios varios, sin mencionar las expresiones de jerga, la poesía fallida, los esfuerzos patéticos por ser divertidos, las palabrotas como moneda de cambio y la falta absoluta de elegancia en el estilo, como si los autores se limitaran a reproducir conversaciones entre amigos presumiendo de lo temerarios, bárbaros e irresponsables que fueron.</p> <p>Prueba de que los editores también se durmieron en sus “peregrinaciones” es el descuido de muchos libros, por los errores de digitación y hasta de ortografía que se colaron, las tildes sobrantes o faltantes y, en general, por la escritura desgreñada de muchos autores.</p>	<p>Entre estos casos malogrados está el de Jaime Nicolás Florentino Arracó Montoliu, español “reconquistador” —por si queda alguna duda— radicado en Bogotá en buen uso del cargo diplomático de su padre, cuyo relato de la capital colombiana da sencillamente grima por pretencioso y fatuo, aunque él haya vivido la mar de satisfecho:</p> <p>Volvimos a casa con una borra- chera feliz, la resaca del día siguiente fue aplastante, desgraciada altura: 2.600 metros más cerca al infierno (...). Seríamos unas veinte personas, las colombianas no faltaban: la voluptuosidad del vino riojano queda aplastada por las nalgas y los pechos que timonean a los sentidos de colombianos y extranjeros. Esa voluptuosidad carniforme [sic] hace que el hombre colombiano atienda a todas las mujeres, aunque sea con la mirada. (pp. 53-54)</p> <p>Un par de frases entre otras peores. También por la vía diplomática llegó a su destino Marc Caellas, que en <i>Caracaos</i> hace gala de su inexperiencia literaria y se limita a reproducir los signos de la hecatombe del vecino país desde la comodidad de la Embajada de España y de su lujoso apartamento, donde no se priva de ningún placer porque dedica tres apartados a la “Caracaos sexual”. Tampoco le evita rubores al lector con los malos poemas y letras de canciones que va intercalando con su insulso relato, en el que además cita fragmentos de escritores que no vienen a cuento...</p> <p>Otro existencialista de la rumba es Martín Sarmiento, ingeniero electrónico que devino en escritor de cuentos, y que en la paupérrima crónica de Berlín, <i>Pobre pero sexy</i>, se dedica a malcontar sus francachelas. En la página 79, cuando el lector ya está harto de su eterna parranda, describe un poco la ciudad y sale del apuro diciendo que para eso está Lonely Planet o las guías turísticas... No ahorra vergüenzas ni horrores de ortografía (dizque “disque”).</p> <p>De México quedó prendada la bogotana Paola Caballero Daza, que comienza su relato con el examen para obtener la nacionalidad mexicana. Luego se detiene en Puebla, la ciudad de acogida. Salta a la vista la mención</p>

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>de Andrés Manuel López Obrador, quien había perdido las elecciones del DF “por fraude”, pero seguía dirigiendo el país desde el Zócalo, según la autora. Como el papá de su novio —el Gordo— era el jefe supremo de las fuerzas militares, nuestra cronista estaba en la pomada, pero sabemos más de sus idas y venidas (por algo el libro se titula <i>Voy y vengo</i>) y de sus trastornos psicológicos que de Puebla. Hay más desahogo y exorcismo que relato de viaje.</p> <p>Pero ninguno de los anteriores le gana a Benjamín Moure, quien en el perfil se define como “amateur profesional pluridisciplinar” (¿?) y empalaga con sus excentricidades y excesos en la “cloaca de Babel”, como nombra a la Barcelona que conoció en su bohemia burguesa de largos años. Los clichés hasta se soportan, pero no las frases fatuas e hinchadas que va dejando caer impunemente, sin mencionar los insistentes “sobretodos” (adverbio en pleno verano). Abundan frases de este tenor sin atenuantes:</p> <p>Fue una temporada bastante delectable de vida sibarita y holgada, llena de amantes pasajeras, amigos de alquiler y noches maratónicas, que aunque limitadas por el veto que se mantenía sobre mí en muchos bares de barrio, hacían rememorar las mejores épocas de la vida en <i>El Borne</i>. (p. 78)</p> <p>Algunos autores reproducen el estereotipo del escritor bohemio e irreverente, como Alain de Beaufort, mesero en Brooklyn por largos años (“uno de los 18 millones de meseros que laboran hoy en día en NY”), y en su libreta de <i>Dora la exploradora</i>, comprada en la tienda 99 Cent Dreams, toma notas para un soñado bestseller y deja el ripio para su croniquilla de New York City.</p> <p>En varios títulos se echa de menos algo de seso en medio de tanta inmadurez literaria. A los 20 años, Christopher Tibble se fue a vivir a Melbourne, Australia, donde estudió cine y literatura, así que sus recuerdos son los de un joven deseoso de comerse esa parte del mundo. Y aunque después se convirtió en maestro de periodismo, en este libro apenas nos enteramos de sus mudanzas y andanzas.</p> <p>En fin, abundan los anecdotarios</p>	<p>del todo prescindibles, pasatiempos más que aventuras del descubrimiento, que apenas clasifican como borradores o ejercicios de principiantes, y en el peor de los casos como chats de redes sociales del todo ajenos a la literatura, aunque se agradece que no excedan las cien páginas. Quizá habría sido conveniente sacrificar cantidad por calidad, pero serán los lectores quienes decidan qué rutas tomar y qué provecho sacar de cada historia por lo bien contada o dateada, haciendo el quite a los estropicios narrativos. Porque solo de algunos se podría decir lo que dijo Alberto Salcedo Ramos sobre Martín Caparrós en el prólogo de <i>Lacrónica</i> (2016): “Qué grato es acompañarlo en cada una de sus andaduras para ver el mundo con sus ojos y descubrir algo que jamás habríamos descubierto por nuestra cuenta, algo que nos sorprende y nos perturba”.</p> <p style="text-align: right;">Maryluz Vallejo M. Profesora titular Pontificia Universidad Javeriana</p>	